

Escribir entre líneas, leer entre líneas. Strauss/Cantimori¹

CARLO GINZBURG | ginzburg@history.ucla.edu
University of California, Los Angeles

| 1.

Estoy profundamente agradecido y honrado por el Doctorado que me ha conferido la Universidad de Buenos Aires. Les agradezco muchísimo a Marcela Croce y a sus colegas; y le agradezco a mi queridísimo amigo Gastón Burucúa por su generosidad, verdaderamente ilimitada. Intentaré responder a su laudatio continuando, incluso en esta circunstancia excepcional, el diálogo densísimo que se ha tramado entre nosotros desde hace muchos años, y para ello partiré de una frase que consta en un mail que me ha mandado recientemente: “Tu Begriffsgeschichte –me ha escrito Gastón comentando mi libro *La letra mata*– parece, paradójicamente, tratar de las glosas de la Biblia o del Talmud más que constituir un trabajo a lo Koselleck o a lo Blumenberg”. Esta frase me ha sacudido, y entiendo perfectamente por qué la idea de un aire de familia, digamos así, entre mis investigaciones sobre la historia de las ideas y la tradición del Preracio.

Midrash, o sea las glosas de la Biblia o del Talmud, le hay; parecido paradójica a Gastón, Nací en una familia de judíos secularizados (no asimilados) por ambos lados, paterno y materno (dado que la madre de mi madre no era judía, técnicamente yo tampoco lo soy, aunque ciertamente lo era para los nazis). De la persecución que ha hecho de mí un niño judío tengo recuerdos muy vivos. Pero ni la religión judía ni (cosa de la que me arrepiento) la lengua hebrea han formado parte de mi educación.

Y ahora me he preguntado, reflexionando sobre el comentario de Gastón: ¿de dónde me podría haber llegado un eco de la tradición midráshica que habría moldeado de algún modo mi manera de leer los textos?

Comenzaré por responder a la observación paradójica de Gastón de modo todavía más paradójico, citando una serie de figuras que han plasmado mi formación intelectual: Sigmund Freud, Marc Bloch, Leo Spitzer, Erich Auerbach, Aby Warburg, Ernst Gombrich, Erwin Panofsky, Arnaldo Momigliano,

¹ El texto original fue el discurso leído en la entrega del Doctorado Honoris Causa de la Universidad de Buenos Aires, durante el acto desarrollado el 4 de octubre de 2023 y publicado en *Una Historia sin final* editado por Carlo Ginzburg y cedido generosamente por la editorial Ampersand para la publicación en esta sección homenaje. Agradecemos especialmente a la Dra. Marcela Croce por su generosidad y por la traducción de este texto.

Leo Strauss. Todos judíos. ¿Los elegí por este motivo? Ciertamente no. Se trata de intelectuales que estuvieron en el centro de la cultura del siglo xx y que han influido, en varias dimensiones, sobre un público vastísimo, compuesto de judíos y no judíos. ¿Por qué los cito? Por una razón muy simple: me pregunto si un eco de los comentarios a la Biblia y al Talmud que habrían incidido en mi modo de leer los textos pudo haberme llegado indirectamente de cualquiera de ellos, quizás de Leo Spitzer, ciertamente de Leo Strauss. Partiré de Strauss, aun cuando mi encuentro con sus escritos se haya producido relativamente tarde.

| 2.

El ensayo de Strauss *La persecución y el arte de escribir* se publica en 1941. Encuentro allí algunas pistas, comenzando por el párrafo inicial:

En un considerable número de países que durante alrededor de cien años han disfrutado de una libertad prácticamente total de debate público, esa libertad se halla hoy coartada y ha sido reemplazada por la compulsión a coordinar el discurso con los puntos de vista que el gobierno considera oportunos o sostiene con toda severidad. Puede resultarnos provechoso considerar brevemente el efecto de esa compulsión o persecución sobre los pensamientos, así como sobre las acciones.

Strauss había huido de la persecución nazi refugiándose primero en Inglaterra, luego en los Estados Unidos. Los países a los que aludía eran la Alemania nazi y la Italia fascista.

Pero la coerción de la que hablaba era un fenómeno que rastreaba al menos hasta la Grecia antigua, como resulta del paso que da poco después, acompañado por una remisión a la República de Platón:

La persecución no puede impedir tampoco la expresión pública de la verdad heterodoxa, porque un hombre de pensamiento independiente puede emitir sus opiniones en público y permanecer indemne, siempre que se mueva con circunspección. Incluso puede trasladarlas a la letra impresa sin incurrir en peligro, siempre que sea capaz de escribir entre líneas.

La expresión “escribir entre líneas” remite al tema de este artículo. (Strauss, 1990)

Cuando leí esta página pensé: quien quiera descifrar lo que he escrito entre líneas debe aprender a leer entre líneas. Pero ¿no ha sido justamente esta la enseñanza que ha modelado mi formación? La reflexión que me gustaría compartir hoy con ustedes parte desde aquí.

| 3.

En 1957 entré a la Escuela Normal Superior de Pisa. Entre los primeros seminarios que cursé hubo uno que duró una semana, dictado por un gran historiador, Delio Cantimori, sobre las *Reflexiones sobre la historia universal* de Jacob Burckhardt. Acerca de los escritos y la biografía de Cantimori yo no sabía nada. Me pareció viejísimo (tenía 52 años). Los estudiantes sentados alrededor de la mesa éramos tanto

recién matriculados como yo (es decir, estudiantes de primer año) como ancianos. (Hoy veo en esta contigüidad un elemento decisivo de la educación impartida en la Escuela Normal).

Cantimori preguntó si alguno sabía alemán: pocos respondieron que sí. Entonces dijo: trabajaremos sobre el texto y sobre las traducciones. Comenzó la lectura, acompañada por preguntas y aclaraciones. Al cabo de una semana de seminario habíamos leído veinte renglones. Nunca me hubiera imaginado que semejante lectura lenta fuera posible (uso conscientemente la expresión “lectura lenta”, con la que Friedrich Nietzsche, filólogo antes de volverse filósofo, identificó a la filología). Algunos años después, en un seminario dedicado a las *Consideraciones intempestivas* de Nietzsche sobre la historia, Cantimori invitó a un antiguo alumno suyo, Mazzino Montanari, a hablar de la edición que estaba preparando con Giorgio Colli de las obras completas de Nietzsche (una empresa que hizo historia).

La filología estaba indudablemente en el centro de la enseñanza de Cantimori. Pero cuando comencé a leer sus escritos, comenzando por su obra maestra *Eretici italiani del 500* (publicada en 1939), me di cuenta poco a poco de que la filología era el fruto de una relación extremadamente intrincada entre su modo de leer y su itinerario biográfico, que presentaré en forma concisa.

| 4.

Delio Cantimori nace en 1905 en Russi, un pequeño pueblo de la Romaña. Su padre, Carlo, escribió una biografía de Giuseppe Mazzini. El joven Delio se alejó de las ideas mazzinianas del padre y adhirió al fascismo, en el que vio la encarnación de la revolución italiana. Desde principios de la década del 30 y comienzos de los 40, Cantimori colaboró tanto con la *Enciclopedia italiana*, fundada y dirigida por el filósofo Giovanni Gentile (a cuyas ideas permaneció durante mucho tiempo profundamente ligado), como con las principales revistas fascistas, siguiendo de cerca los asuntos políticos e intelectuales de Alemania con una particular atención a la obra de Carl Schmitt, de quien tradujo varios escritos. Pero entretanto, en fecha imprecisa, Cantimori se había inclinado secretamente hacia el Partido Comunista: una elección sobre la que habrá influido su esposa, Emma Mezzomonti, quien trabajaba para la organización comunista clandestina *Soccorso Rosso*. Luego de la guerra, Cantimori tradujo junto con ella el primer volumen de *El Capital* de Marx y dedicó varios cursos universitarios a las interpretaciones del marxismo. En 1949 se afilió al Partido Comunista Italiano (que el año anterior había sido derrotado en las elecciones). Salió de allí silenciosamente en 1956, tras la invasión de Hungría por parte de las tropas soviéticas. Murió en 1966.

| 5.

He evocado este tortuoso, atormentado itinerario para llamar la atención sobre el decenio que va de comienzos de los treinta a comienzos de los cuarenta. Son los años en los que Cantimori trabajaba en su gran libro *Eretici italiani del 500* (*Herejes italianos del siglo XVI*), publicado en 1939, tras una serie de vastísimas investigaciones desarrolladas en Italia y en toda Europa. El término “herejes” era empleado por él para designar a personajes que eran considerados tanto herejes de la Iglesia Católica como de la protestante. Uno de los capítulos más apasionantes del libro está dedicado a los nicodemitas:

el término con el que, a mediados del siglo XVI, Juan Calvino designó, condenándolos con aspereza, a aquellos que, a pesar de haberse convertido al protestantismo, practicaban los ritos católicos para huir de la persecución. Calvino comparó tales simulaciones y disimulaciones con el comportamiento del fariseo Nicodemo, discípulo oculto, nocturno, de Jesús.

Cantimori descubrió la importancia del nicodemismo como fenómeno histórico y categoría historiográfica en los años en que, próximo entonces al comunismo, escribía artículos y reseñas en la prensa fascista practicando una suerte de doble juego, caracterizado por simulación y disimulación. La estrategia usada era sencilla a primera vista: una exposición aparentemente neutra, que podía ser leída en dos direcciones opuestas. Típico, en este sentido, es el ensayo “Appunti sulla propaganda”, publicado en la revista *Civiltà fascista* en 1941 (el año en que Leo Strauss publicó su obra *La persecución y el arte de escribir*).

El ensayo de Cantimori comienza describiendo, a través de una serie de pasajes extraídos del *Mein Kampf* de Hitler, el elemento irracional de la propaganda como instrumento de manipulación de las masas. He aquí dos ejemplos:

Su tarea [la de la propaganda] debe consistir, precisamente como en el cartel publicitario, en llamar la atención de la masa, y no en la instrucción de quien ya ha experimentado críticamente (científicamente) por cuenta propia, o de quien se esfuerza por alcanzar una educación (*Bildung*) y formarse un juicio [...]; la acción de la propaganda siempre debe estar dirigida más al sentimiento, y solo muy secundariamente al llamado intelecto (inteligencia).

A este pasaje le seguía una página de Benedetto Croce, el mayor exponente del liberalismo antifascista, extraída de *El carácter de la filosofía moderna*. En ese fragmento se sostenía que si los programas políticos hacen un

uso que parezca consensual, de razonamientos sofisticados y de aserciones falaces, de documentos modelados o alterados en efecto, no hay que escandalizarse cuando se comprende que los mismos conceptos verdaderos, los razonamientos bien organizados, las noticias exactas no adquieren en esa coyuntura valor de verdad, sino que asumen, al par de los otros, papel emotivo y se justifican solamente si alcanzan el objetivo en cuestión.

En la aproximación de Hitler a Croce había, si no me equivoco, una sombra agresivamente irónica. El ensayo continuaba con un extenso examen de textos sociológicos norteamericanos, acompañados de la referencia a una novela de William Faulkner y seguidos una vez más de largas citas de *Mein Kampf*. En este punto llegaba a una conclusión que ponía imprevistamente en primer plano

aquella particular forma de acción política, muy distinta de la propaganda, que es la educación política, la formación de una clase política.

Una pista enigmática, que se puede interpretar como una toma de distancia respecto de las formas de propaganda descritas previamente. No se dice a qué forma de acción política se refería Cantimori. En el ensayo no se decía una palabra sobre el fascismo: un silencio al mismo tiempo elocuente y ambiguo.

Escribiendo entre líneas (la expresión que está en el centro del ensayo de Leo Strauss) Cantimori aprendió, y enseñó, a leer entre líneas. Lo que se produjo entre Strauss y Cantimori, entre el observador y el actor, fue, como ya se indicó, “un encuentro frustrado”, pese a la deuda intelectual que ambos habían contraído con respecto a la obra de Carl Schmitt.

En este encuentro perdido podría mencionarse a Arnaldo Momigliano, que contribuye al número de la *Rivista storica italiana* dedicada a la memoria de Delio Cantimori con un ensayo sobre Leo Strauss, de quien subrayó “el enorme cuidado –y digamos solamente el enorme espacio– que [...] dedica a las interpretaciones de textos que sospecha de doble fondo”. Una “hermenéutica de la reticencia” basada en una actitud esotérica (la verdad escondida queda reservada a pocos). Y Momigliano agregaba: “No estoy seguro de que Strauss no reivindique para sí mismo el derecho a ser esotérico”. En la conversación con Silvia Berti que cierra el volumen *Páginas hebraicas*, en que se reedita el ensayo sobre Strauss, Momigliano dice: “En él también había un poco de *pilpul*, es decir la parte negativa, la sofística talmúdica”.

| 6.

Vuelvo a Cantimori: de él, como de Momigliano, he aprendido muchísimo. Recuerdo a ambos con profunda gratitud. Después del funeral de Cantimori, el historiador Ernesto Sestan pronunció en Florencia un discurso fúnebre en el que habló (un recuerdo indeleble) de “misterio nicodémico”. Durante años, la ambigua trayectoria política de Cantimori estuvo en el centro de encendidas polémicas. Muy pronto me di cuenta de que su figura, tan importante en mi formación, era lo más lejano que se pudiera imaginar de la de mi padre, Leone Ginzburg, cuya trayectoria ha sido evocada por Gastón Burucúa al comienzo de su *laudatio*.

Retrospectivamente, pienso haberme tomado algunas licencias sobre Cantimori (aunque, como diré, de manera en absoluto definitiva) en un libro dedicado a su memoria y al tema que ha quedado para siempre asociado a su nombre: *Il nicodemismo. Simulazione e dissimulazione religiosa nell'Europa del 500*, publicado en 1970. En el prólogo cité una frase de la *Vida de Galileo* de Bertolt Brecht: “Desgraciada la tierra que tiene necesidad de héroes”. Mi investigación había nacido del encuentro casual con un documento del siglo XVI –y de mi necesidad de dar cuenta de aquello que había aprendido de mi maestro. El nicodemismo fue alabado por Werner Kaegi y Marcel Bataillon, y criticado (justamente) por Albano Biondi. Pienso que, a pesar de las limitaciones de mi libro, Cantimori habría mirado con gran interés a su personaje principal: Otto Brunfels, teólogo y botánico, que en su *Pandectarum veteris et novi Testamenti libri XII* (una colección de pasajes bíblicos, difundida en toda Europa a través de numerosas reimpresiones) había sostenido la idea de la legitimidad de la simulación religiosa en determinadas circunstancias. El contexto de esta tesis desconcertante emerge en un pasaje del comentario de los Evangelios en el que Brunfels hablaba “de los campesinos, cuya muerte hoy lloramos”: los campesinos alzados en revuelta, blanco de la condena de Lutero. La proximidad de Brunfels al ala radical de la Reforma era evidente.

Hoy me puse a pensar (gracias a Gastón) que las *Pandectarum veteris et novi Testamenti* de Brunfels constituyen un ejemplo extraordinario de *midrash*, de comentario bíblico extremadamente sintético, adaptado a un contexto contemporáneo. Pero en un número reciente de los *Cahiers philosophiques*

dedicado a mi obra he leído con sorpresa un ensayo muy original de Philippe Büttgen, “Une théologie politique de l’ambiguïté”, que examina de manera detallada el libro sobre el nicodemismo, interpretándolo como un ejemplo de “microhistoria de las élites”, centrado en un caso, el de Otto Brunfels. La interpretación de Büttgen me habilita a responder a la pregunta planteada por Gastón a propósito de las relaciones entre la casuística que está en el centro de *Nondimanco* y la lectura midráshica de los textos que está en el centro de *La letra mata*. Las dos perspectivas convergen en la trayectoria que me ha llevado a la microhistoria: el estudio de los casos anómalos, leídos entre líneas.

A uno de estos casos extremadamente célebres he consagrado un ensayo que me condujo al tema de la simulación y la disimulación: “El secreto de Montaigne”. Montaigne, se sabe, provenía por el lado materno de una familia de marranos (judíos conversos) españoles. En ensayos previos ya se han realizado exploraciones prudentes de este dato. He intentado ir más lejos al advertir en la *Apología de Raimundo Sabunde*, el más célebre de los ensayos de Montaigne, una argumentación marrana, cuidadosamente enmascarada. Se trata también aquí de un intento de leer entre líneas.

| Bibliografía

- Biondi, A. (1974). La giustificazione della simulazione nel Cinquecento. En Eresia e Riforma nell'Italia del Cinquecento. *Miscellanea 1* (pp. 7-68). Firenze-Chicago: Sansoni / University of Chicago.
- Brecht, B. (1964). *Vida de Galileo*. Buenos Aires: Losada.
- Büttgen, P. (2022). Une théologie politique de l’ambiguïté. *Cahiers philosophiques*, 168(1), 77-93.
- Burckhardt, J. (1958). *Reflexiones sobre la historia universal*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Calvino, J. (1559/1957). *Institución de la religión cristiana* (trad. F. de Zubiri). Madrid: Alianza.
- Cantimori, D. (1939). *Eretici italiani del Cinquecento*. Torino: Einaudi.
- Cantimori, D. (1991). Appunti sulla propaganda. En L. Mangoni (Ed.), *Politica e storia contemporanea*. Scritti 1927-1942 (pp. 685-699). Torino: Einaudi.
- Croce, B. (1990). *El carácter de la filosofía moderna*. Madrid: Tecnos.
- Faulkner, W. (1931). *Santuario*. Madrid: Edhasa.
- Ginzburg, C. (1970). *Il nicodemismo. Simulazione e dissimulazione religiosa nell'Europa del Cinquecento*. Torino: Einaudi.
- Ginzburg, C. (2022). *La letra mata*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Hitler, A. (1925). *Mein Kampf*. München: Franz Eher Nachfolger.
- Kaegi, W. (1970). Rezension zu Il nicodemismo. *Schweizerische Zeitschrift für Geschichte*, 20, 695-697.
- Momigliano, A. (2016). *Pagine ebraiche, con un'intervista inedita ad Arnaldo Momigliano* (S. Berti, Ed.). Roma: Edizioni di Storia e Letteratura.
- Prosperi, A. (1992). Introduzione. En D. Cantimori, *Eretici italiani del Cinquecento e altri scritti* (pp. IX-LXXXI). Torino: Einaudi.

- Strauss, L. (1990). *Scrittura e persecuzione* (G. Ferrara, Ed.). Venezia: Marsilio.
- Strauss, L. (2009). *La persecución y el arte de escribir* (trad. G. Ferrari). Buenos Aires: Amorrortu.
- Terracciano, P. (2022). Introduzione. En *La coscienza del tempo. Il carteggio Cantimori-Momigliano* (pp. 67-69). Pisa: Edizioni della Normale.